

LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOUVRE

El 14 de agosto de 1857 tuvo lugar una de las solemnidades más memorables del reinado de Napoleón III: la inauguración del nuevo Louvre. No puede darse nada más hermoso que esas victorias pacíficas que no cuestan sangre ni lágrimas, y que tienen tanto esplendor y á menudo más duración que las otras. Terminar el Louvre de modo que, reunido á las Tullerías, formara con este palacio un solo edificio, tal había sido el sueño de todos los monarcas franceses desde Francisco I y Catalina de Médicis y más especialmente de Enrique IV, de Luis XIV y de Napoleón I. Pero todos habían retrocedido ante lo inmenso de la tarea que se debía desempeñar, y su resolución había quedado en estado de proyecto. El gobierno provisional de 1848 sólo llevaba cuatro días de existencia cuando decretó, como lo había hecho el vencedor de Austerlitz, que se acabara el Louvre. La Asamblea legislativa hizo de este decreto una ley que Napoleón III tuvo el honor de poner en ejecución.

Los monumentos son siempre símbolos del régimen bajo el cual se elevan. Para una obra colosal como la terminación del Louvre se requería un gobierno fuerte y sólido, en disposición de gastar mucho sin tener que pasar por fiscalizaciones ni críticas. Napoleón III, «ese flemático siempre diligente,» como se ha dicho, quiso que se fuera de prisa y fué obedecido. Había manifestado el deseo de que se terminase la reunión del Louvre con las Tullerías en un plazo de cinco años, deseo que se realizó punto por punto. El 25 de julio de 1852 se puso la primera piedra de las obras: el 14 de agosto de 1857 el Louvre y las Tullerías no formaban más que un solo palacio.

M. Havrard, en su obra titulada *La Francia artística y monumental*, ha resumido como sigue esta obra gigantesca: «Un edificio en la calle de Rívoli que va á reunirse con el de Percier y de Fontaine; dos alas de más de ciento sesenta metros de longitud que se juntan por otras alas más cortas, la una á ese edificio del Norte, y la otra á la galería de la orilla del agua, y formando patios interiores; ocho grandes pabellones, dos en la calle de Rívoli, seis en la plaza del Carrousel; y en los pabellones, en los pórticos, en las azoteas, en las techumbres, en todas partes, la obra de los escultores completando la de los arquitectos; la parte del viejo Louvre que da frente á las Tullerías, renovada, y la abundancia de los adornos reemplazando en el pabellón central á la severidad de Le

Mercier; para esta enorme tarea habían bastado cinco años.» Las obras, dirigidas primeramente por el arquitecto Visconti, y después de su muerte, acaecida en 1853, por el arquitecto Lefuel, se llevaron á cabo con actividad prodigiosa. La ornamentación constaba de más de mil quinientos detalles de escultura; ciento cincuenta estatuarios y una legión de ornamentistas trabajaron en ellos con ahinco. Los escultores más distinguidos, como Duret, Barrye, Bosio, Cavalier, Dumont, Lequesne, Guillaume, Simart y otros, tomaron parte en los trabajos.

Durante el año 1857 se pagaron en el Louvre 313,272 jornales de obreros que trabajaron en el mismo edificio, sin contar los herreros, carpinteros y otros operarios que trabajaban en sus casas, ni los canteros que extraían los materiales, ni los carreteros que los acarreaban por los caminos. Sólo se emplearon hierros y mármoles franceses. La terminación de la obra abría dos nuevas vías á la circulación, una para los viandantes junto al pabellón de Sully; otra para los carruajes junto al de Richelieu. El conjunto de los trabajos había costado treinta y seis millones de francos.

Celebróse la inauguración del nuevo edificio con pompa excepcional. A las dos de la tarde del 14 de agosto de 1857, el emperador y la emperatriz, acompañados de los príncipes y princesas de la familia imperial, así como de las damas y oficiales de servicio, salieron del palacio de las Tullerías, atravesaron la plaza del Carrousel, y después de pasar por debajo del arco de triunfo, entraron en el Louvre por el pabellón Denón. Recibidos al apearse del carruaje por M. Aquiles Fould, ministro de Estado, y por los grandes dignatarios, cruzaron una galería destinada al museo de Escultura, subieron la escalera del pabellón Mollién, y entraron procesionalmente en el salón donde debía verificarse la ceremonia. En él se había levantado un trono, y enfrente, á derecha é izquierda del paso que conducía á él, se pusieron bancos para los artistas, empleados y operarios que habían trabajado en la construcción del edificio. El ministro de Estado se acercó al estrado imperial y pronunció un discurso que terminaba así: «Ni la guerra ni todas las dificultades que hemos tenido que atravesar han interrumpido esta obra, sueño de tantos reyes y que bastaría para la gloria de una época de paz y de prosperidad. V. M., cuya presencia ha excitado á menudo el ardor de nuestros trabajadores, ha querido una vez más verlos reunidos ante sí después de la terminación de su tarea. Todos se congregan satisfechos alrededor de V. M. Todos están persuadidos de haber cumplido con su deber y se muestran orgullosos de haber tomado parte en esta obra verdaderamente nacional.» Después de este discurso se procedió á la distribución de cruces y medallas. M. Lefuel, jefe de las obras del Louvre, recibió la cruz de oficial de la Legión de Honor, y el estatuario Bosio la de caballero. Cada uno de los artistas, contratistas y obreros nombrados subía al estrado imperial y recibía su recompensa de manos del emperador. Terminada la distribución, el monarca indicó que iba á hacer uso de la palabra. Entonces se levantaron todos los

circunstancias, y en medio de un profundo silencio, Napoleón III pronunció este discurso:

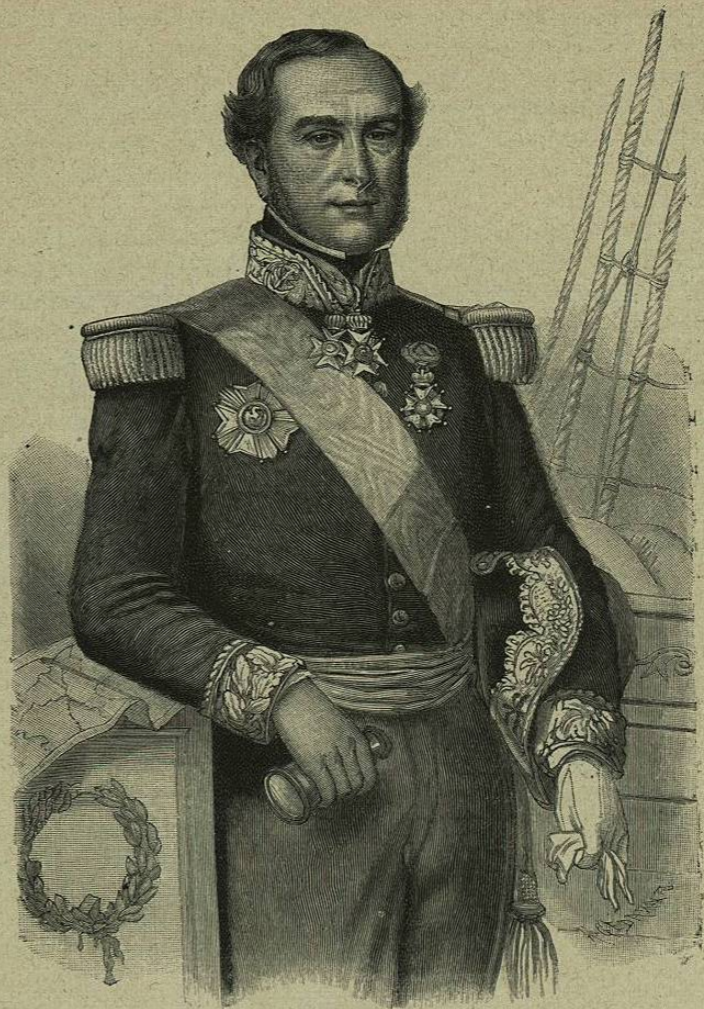
«Señores: Me felicito con vosotros por la terminación del Louvre, y me felicito sobre todo por las causas que la han hecho posible. En efecto, el orden, la estabilidad restablecida y la prosperidad son las que me han permitido terminar esta obra nacional. La califico de este modo por cuanto todos los gobiernos que se han sucedido han tenido honroso empeño en terminar la morada comenzada por Francisco I y embellecida por Enrique IV. En la Edad media, el rey habitaba una fortaleza erizada de medios de defensa. El progreso de la civilización reemplazó en breve las almenas y las armas de guerra por las producciones de las ciencias, de las letras y de las artes. Por esto la historia de los monumentos tiene su filosofía como la de los hechos. Así como es de notar que en la época de la primera Revolución la comisión de salvación pública continuara sin saberlo la obra de Luis XI, de Richelieu y de Luis XIV, descargando el último golpe al feudalismo y prosiguiendo el sistema de unidad y de centralización, objeto constante de la monarquía, así también hay una gran enseñanza en ver adoptado por el gobierno efímero de 1848, con respecto al Louvre, el pensamiento de Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV, Luis XVI y Napoleón... La terminación del Louvre, á la cual os doy gracias por haber contribuido con tanto celo y habilidad, no es el capricho de un momento, sino la realización de un plan concebido para la gloria y sostenido por el interés del país por espacio de más de trescientos años.»

SS. MM. se retiraron aclamados por la multitud y volvieron al palacio de las Tullerías, pasando por el patio cuadrado del Louvre, la puerta de la Columnata, la calle de Rívoli, el pabellón Richelieu y el arco de triunfo del Carrousel.

A las siete de la noche el ministro de Estado presidió en el salón de inauguración un banquete de cuatrocientos setenta cubiertos, en el que los obreros estaban en mayoría. Entre los comensales había una mujer: era la viuda de un aserrador de piedra, que privada de todo recurso á consecuencia de la muerte de su marido, había ocupado su puesto en el taller. El ministro tenía á su derecha á M. Maret, contratista, y á su izquierda á M. Riffaut, picapedrero aparejador. A los postres pronunció este brindis: «¡Por el emperador! ¡Por la prosperidad, la gloria y la duración de su reinado, tan fecundo en grandes cosas! A él le estaba reservado concluir esta obra tan largo tiempo suspendida. El Louvre, junto con tantos otros monumentos, transmitirá su nombre á la gratitud y á la admiración de la posteridad. ¡A la salud del emperador!»

En los talleres no se había trabajado en todo el día, á pesar de lo cual se les pagó á los obreros su jornal. Napoleón III estaba contento; se había felicitado en su santo á sí mismo.

Recuerdo el efecto que produjo la aparición de este palacio incomparable: el Louvre y las Tullerías reunidos en un solo edificio. Ni aun la Roma de los



EL ALMIRANTE HAMELIN,
Ministro de Marina de Napoleón III

Césares había visto jamás nada tan grandioso y tan magnífico. Al día siguiente, 15 de agosto, se autorizó al público á visitar las nuevas construcciones. Ante aquel conjunto tan regular, todo el mundo recordaba los puestos de venta, los tenduchos y los bazares de ínfima categoría que, cinco años antes, obstruían y deshonoraban el espacio ocupado ahora por soberbios jardinillos. Recordábase una casa de huéspedes de segundo orden, el hotel de Nantes, que en otro tiempo descollaba, sola y aislada, en la plaza del Carrousel. Ahora, en vez de este desorden, en lugar de esas casuchas miserables, todo era armonía, unidad, grandeza: era la apoteosis.

La población, orgullosa y contenta con el mágico espectáculo que se ofrecía á su vista, celebró los días del emperador con más animación que de costumbre. SS. MM. asistieron en la capilla de las Tullerías á una misa seguida de un *Te Deum*. Después el emperador distribuyó personalmente la medalla de Santa Elena, que acababa de instituir para los antiguos compañeros de armas de Napoleón I, al rey Jerónimo, al mariscal Vaillant, al almirante Hamelín, á los mariscales Magnán y Baraguey d'Hilliers, al almirante de Parceval Deschêne, al general duque de Plaisance y al general d'Ornano. En el Campo de Marzo, una pantomima representó la última expedición de la Kabilia. Por la noche hubo concierto en el Jardín de las Tullerías, iluminaciones en la plaza de la Concordia y en los Campos Elíseos, fuegos artificiales en las alturas del Trocadero y otro en la rotonda de la barrera del Trono. Todos los teatros dieron funciones gratuitas. En el del Palacio Real, una comedia de circunstancias escrita por Clairville divirtió mucho al público. Se titulaba *Las cuatro edades del Louvre*. Grassot desempeñaba el papel de Bernin, y el genio de Francia, representado por Mlle. Cico, estaba contrariado por un genio maléfico, figurado por un hombrecillo rojo, en la ejecución de sus proyectos seculares sobre el Louvre; mas por fin estos proyectos quedaban realizados. El hombrecillo rojo no había podido resistir á la estrella de Napoleón III. El Louvre estaba acabado.

XI

BIARRITZ

El 17 de agosto el emperador partió con la emperatriz y el príncipe imperial para Biarritz, donde debía pasar muy poco tiempo y en donde se proponía dejar á su esposa mientras él pasaba al campamento de Châlons y luego á Stuttgart. La comitiva de SS. MM. se componía del general Roguet y del general Edgardo Ney, ayudantes de campo del emperador; del barón de Varaigne, prefecto de palacio; del conde Carlos de Tascher de la Pagerie, primer chambelán de la emperatriz; del marqués de Lagrange, su caballerizo; de la condesa de Montebello y de la vizcondesa de la Poeze, damas de palacio, y de Mme. de Branción, sub-aya de los hijos de Francia. Llegaron á Biarritz el 18 de agosto.

Napoleón III se había apasionado, como la emperatriz, de aquella playa pintoresca. Después de haber visto en ella al rey de Wurtemberg, que había ido de incógnito, se marchó con sentimiento para ir á inaugurar el 23 de agosto su nueva posesión de las Landas. En su deseo de favorecer la agricultura y dar un testimonio eficaz de su afecto á los pueblos rurales, el emperador había escogido dos de las comarcas más pobres de Francia, la Sologne y las Landas, para hacerse él mismo labrador. Por los gritos de entusiasmo que saludaron su llegada, pudo conocer que su pensamiento había sido bien comprendido. La posesión que acababa de adquirir en las Landas se componía de unas siete mil hectáreas de brezales y pantanos. S. M. había escogido los sitios en que se necesitaba emplear más esfuerzos y ensayos.

En la parte situada en el cantón de Sabres se elevaba ya una pequeña granja de madera, parecida á los chalets suizos y que comprendía, además de la casa del dueño, una caballeriza, un establo y un depósito de forrajes. En la estación de la Bouheyre, el emperador aceptó un almuerzo ofrecido por el prefecto de las Landas, M. Cornuau. Entre la muchedumbre de aldeanos de boina azul se veían los *échassiers*, esos nómadas de las Landas que recorren los brezales ó cruzan los pantanos, con sus zancos y sus pasos de gigante, compitiendo en velocidad con los jinetes más rápidos.

En Sabres el emperador se detuvo ante un bloque de palastro que representaba la Landa árida y la huella del pie imperial con esta inscripción: «Napoleón III es el primer soberano que ha puesto el pie en esta tierra árida con el noble propósito de fertilizarla y regenerarla.» En la aldea de la Bouheyre el em-

perador pasó bajo arcos de triunfo formados con ramas de pino y matas de brezos sonrosados. Precedido por una guardia de honor á caballo, que los jóvenes del país habían organizado, se detuvo ante una columna que llevaba esta inscripción: «A Napoleón III, regenerador de las Landas, los obreros de las Forjas agradecidos.»

Uno de los sueños del prisionero de Ham había sido fertilizar tierras incultas. El emperador se regocijaba pudiéndolo realizar. Satisfecho de lo que había visto en las Landas, llegó el 24 de agosto á París, y al día siguiente salió para el campamento de Châlons, una de sus creaciones á la cual daba mayor importancia.

La emperatriz pasó muchas semanas en Biarritz. Hacía por esta playa lo que la duquesa de Berry había hecho por Dieppe, y la puso de moda; casi podría decirse que fué ella quien la inventó.

Biarritz, que es ahora una ciudad de ocho mil almas, una de las estaciones balnearias más renombradas, uno de los puntos de reunión cosmopolitas más brillantes y más elegantes del mundo entero, no era hace cincuenta años más que una pobre aldea de pescadores, un oscuro caserío cuyo nombre nadie pronunciaba. A la emperatriz Eugenia la sedujo el aspecto pintoresco de aquella playa de arena fina; sus rocas de extrañas formas que surgen de trecho en trecho, como la *Coustelette*, la *Fragata*, la *Roca redonda*, la *Roca plana*, la *Roca de la Virgen*; sus grutas poéticas y misteriosas, como la de los *Escritos* y la *Cámara de amor*. Esta última tiene su leyenda: el pastor Ousa y su novia Edera se paseaban á la caída de la tarde por la playa haciéndose juramentos de amor y sin notar los ruidos de las olas de la marea creciente. Sorprendidos por éstas, se refugiaron en una excavación que les ofrecía pérfidamente la roca cortada á pico, y allí, en medio de las algas, se encontraron al día siguiente sus cadáveres abrazados.

El azulado mar, los pinos de follaje verde oscuro y las rocas amarillentas forman un conjunto de color á propósito para cautivar á un artista. La playa grande, que tiene casi un kilómetro de largo hasta el cabo de San Martín; la segunda playa, la de los *Bascos*, donde las olas, por nada contenidas, son de extraordinaria violencia; las montañas que se divisan en el horizonte, el Rhune, la Haya, el Jalzquibel, todo esto forma un panorama tan original como grandioso. Un habitante ha dicho: «Entre el Océano soberbio y la verde campiña, Biarritz brilla como un diamante engarzado en una capa de esmeralda.»

El mayor atractivo de Biarritz para la emperatriz era quizás su proximidad á España. Fiel á su primera patria, le agradaba verse entre las personas á quienes conocía desde su infancia. Ninguna lengua le parecía más hermosa y más sonora que su lengua materna. Muchos españoles iban á saludarla á Biarritz, donde disfrutaba de la vida de una simple particular, sin dejar de tener el prestigio de la soberana. El 17 de septiembre de 1857 hizo una excursión á San Sebastián, que tuvo para ella gran atractivo.

Situada en un islote del golfo de Gascuña que comunica con el continente por un puente de madera, San Sebastián es la capital de la provincia de Guipúzcoa.

Para comprender el placer que la emperatriz sentía en ser recibida solemnemente por una ciudad española, hay que recordar los sentimientos que conservó siempre hacia España y hacia la reina Isabel, de la cual había sido camarera mayor su madre la condesa de Montijo. El duque de Mandas, embajador de España en París, ha tenido á bien facilitarme recientemente dos curiosas cartas que patentizan los sentimientos de la emperatriz. Iba á decidirse su casamiento con Napoleón III, cuando escribió á su soberana la siguiente carta:

«Señora: Permítame V. M. referirme á todo cuanto mi madre ha tenido el honor de elevar á los pies de V. M. y limitarme á tributarla, en esta ocasión que me colma de tanto honor, el fiel homenaje de todas mis emociones. Engrandecida por los designios de la divina Providencia, que acepto sin conocerlos, todas mis inclinaciones, de acuerdo con mis deberes, me inducen á dirigirme humildemente á V. M. para renovar aquí la profesión sincera de los sentimientos de respeto, de lealtad y de amor á vuestra augusta persona, en los cuales por mi bien he sido criada.

»Confío, señora, en que V. M., persuadida de lo que acabo de exponer, se dignará considerar como un acontecimiento venturoso el que me conduce al trono. Confío sobre todo en que V. M., satisfecha de mis sentimientos personales, estará convencida, como se lo ruego eficazmente, de que en el alto y peligroso puesto que voy á ocupar no tendré más idea que contribuir hasta donde alcancen mis fuerzas á estrechar más y más los vínculos que unen á dos grandes naciones y á dos grandes monarquías, á cuyo servicio me consagraré perpetuamente por cariño y por deber.

»Dígnese V. M. acoger con benevolencia esta declaración hecha de todo corazón.

»Dios guarde muchos años la preciosa vida de V. M. para el bien de la monarquía española.

»A los R. P. de V. M.

»EUGENIA DE GUZMÁN, condesa de Teba.

»París, 20 de enero de 1853.»

La reina Isabel contestó lo siguiente:

«Condesa de Teba: He recibido tu carta del 20 con gran satisfacción. El singular destino que te ha deparado la divina Providencia y los sentimientos de afecto y de adhesión á mi persona que manifiestas en estos momentos, me llenan de satisfacción y de gratitud por tu noble lealtad.

»Puedes contar con mi consentimiento para una unión tan gloriosa para ti, y puedes estar segura de los votos que hago por tu felicidad y la del empera-

dor, deseando que, guiados ambos por la mano del Todopoderoso, conduzcáis esa gran nación al más alto grado de prosperidad y de bienestar.

»En el camino difícil y peligroso que has de seguir en adelante, conserva siempre por guía la confianza en el Ser Supremo y el deber de sacrificarlo todo por el emperador y por la Francia.

»Tales son los sentimientos de la reina y los consejos de tu afectísima

»ISABEL.»

Desde su advenimiento al trono, la emperatriz Eugenia no había omitido nada para mantener las relaciones más cordiales entre París y Madrid, y á la verdad estaba muy lejos de figurarse que había de llegar un día en que los asuntos de España fueran la causa indirecta de las catástrofes que ocasionaron la caída de la dinastía napoleónica. Lejos de tener semejantes presentimientos, volvía á ver con alegría su suelo natal.

El 19 de septiembre de 1857, S. M., acompañada de sus damas la condesa de Montebello y la vizcondesa de la Poeze, así como de la marquesa de Countades, se embarcaba en Biarritz, con su hermana la duquesa de Alba, á bordo del vapor *Coligny*. En el momento de llegar á San Sebastián empezaba á anochecer. Iluminóse la ciudad y resonaron aclamaciones. La primera visita de la emperatriz fué á la iglesia de Santa María, donde el órgano tocó la marcha real. En seguida pasó al ayuntamiento, que ocupa todo un lado de la Plaza Nueva, hermosa plaza rodeada de pórticos y de casas con balcones de hierro, construídas bajo un plan uniforme. Todas las autoridades la cumplieron; se la ofrecieron refrescos, y cuando se asomó al balcón del ayuntamiento, toda la población la saludó con gritos de entusiasmo. Volvió luego al puerto precedida por una música y hombres con antorchas. El *Coligny* estaba iluminado con luces de Bengala que reflejaban en la muchedumbre aglomerada en el muelle. La cubierta del barco estaba convertida en un elegante comedor. La travesía para el regreso á Biarritz fué sumamente agradable. Después de comer, se subió un piano á cubierta y se bailó á la claridad de la luna y de las estrellas. El mar estaba límpido y tranquilo como un lago.

Aquel mismo día - 17 de septiembre de 1857 - el emperador recibía en el campamento de Châlons la visita del duque de Cambridge, primo de la reina Victoria.

XII

EL CAMPAMENTO DE CHALONS

Napoleón III partió de París el 29 de agosto de 1857 para el campamento de Châlons. Acompañado de los generales Espinasse, de Faily, de Montebello y Fleury, sus ayudantes de campo, y del príncipe Joaquín Murat, su oficial de órdenes, llegó á las siete de la noche. Allí estaba reunida toda la guardia imperial: los tres regimientos de granaderos, los cuatro regimientos de fusileros, el de zuavos, el batallón de cazadores, los dos regimientos de artillería, uno de á pie y otro de á caballo, el escuadrón del tren de bagajes, los dos regimientos de coraceros, los lanceros de la emperatriz, los dragones y los guías, en total veintidós mil hombres y cinco mil caballos. El emperador tomó el mando á su llegada, y el general Regnaud de Saint-Jeán d'Angely, comandante en jefe de la guardia, quedó de jefe de Estado mayor general.

El campamento de Châlons era una creación reciente de Napoleón III: databa de 1856, época en que había encargado al general Fleury y al coronel de Castelnau que reconocieran el terreno, pusieran jalones para las barracas y designaran el sitio del gran cuartel imperial y general. Este terreno de maniobras, inmenso cuadrilátero en el que cien mil hombres pueden maniobrar con desahogo, es el mayor que existe en el mundo entero.

Se había elevado un pabellón para SS. MM. en el cual estaba el salón de servicio; á derecha é izquierda había dos pequeñas barracas destinadas á las damas de palacio; á la derecha de estas barracas un vasto salón y á la izquierda un comedor en el que cabían cien comensales. Las tiendas de los oficiales del cuarto militar del emperador estaban á derecha é izquierda en una calle detrás del pabellón imperial é iban á dar á las caballerizas; éstas estaban situadas en un pinar y tenían cabida para cien caballos de silla y de posta. Enfrente de estas caballerizas se hallaba el cuartel del escuadrón de los cien guardias con barracas y comedores para oficiales y soldados. Todo este conjunto de construcciones de tablas estaba dado de una capa de pintura uniforme. En ningún campamento de Europa había un cuartel imperial ó real-mejor organizado.

Jamás se encontraba Napoleón III más satisfecho que en medio de sus tropas y particularmente de su guardia: allí se sentía verdaderamente emperador, *Imperator*. Siempre había tenido pasión por las cosas militares, y se creía dotado de conocimientos de táctico, de aptitudes de general en jefe. Como tuvo un